

# SUPLEMENTO FEMENINO

## DE

# EL BIEN PÚBLICO

Mahón 26 de Noviembre de 1934

Núm. 588

Y mézclase lo profano con lo divino y las almas inocentes se confunden con las culpables... y no hay ya selección de clases y marchan todas río abajo revueltas y arremolinadas, por no tener idea de lo que es la verdadera piedad. La aman a ratos, y créense, del número de sus buenas amigas y no pasan de ser unas simples admiradoras, de la que sólo conocen de vista.

¡Ah! La piedad es alegre, y atractiva, y la virtud, es siempre bien educada y elegante; mientras que el vicio, fué cursilón y grosero en todo tiempo.

Es la mujer piadosa, el oro entre los metales, ante el cual, huye avergonzado el oropel. Es... el diamante; entre las piedras de valor, cuyas distintas facetas, convergen en un punto céntrico, que es para ella la Ley Santa de Dios que le merece más respeto, que todos los figurines y modistos extranjeros y del país: que les da igual que sus seguidoras, se salven o condenen eternamente, y aman la elegancia, hasta ahí, lo que Dios prohíbe; y viste con gusto y se presenta con majestad, y todos la admiran por su no sé qué, distinto a las demás que es la gracia de la piedad. Hácese simpática a todos; buscan amistad y conversación y sálese de lo adocenado, ejerciendo cierta presión sobre quienes la escuchan, que la respetan y alaban, y logra con su trato y ejemplo, elevar y mejorar a los que han tenido la suerte de conocerla.

Son ellas los capullos olorosos de los jardines del mundo de las almas. Son los fragantes y esbeltos nardos, cuyo aroma llega al cielo e impregna la tierra.

La escasez, siempre fué indicio de pocas economías y la falta de prendas en el vestir y de tela en nuestra indumentaria, saca pronto a la superficie el grado de piedad que posee la que así se presenta.

No plagemos piedades, que sólo se rán muecas grotescas y caricaturas ridículas de la piedad, que escandalizan y hacen titubear a los poco inteligentes y a los demás les ponen al descubierto el armazón hueco que las sostiene.

Mucha elegancia, sí; pero mucha piedad.

Recordemos, que no hemos sido creadas para desempeñar el cargo de figurines vivientes, sino para ser ejemplo de virtudes con que se edifiquen nuestros semejantes al mirarnos y atraídos por la fuerza irresistible de la virtud, conozcan sus errados caminos y los abandonen.

¡Mujer, ya que dejaste que el mundo se hundiese en el cieno, tiéndele una mano compasiva para que se levante! Y sino, ¿de qué te aprovechará ganar todo el mundo, si pierdes tu alma?

L. DE GUEVARA

(De «Ellas»)

**T. B. O.**  
SEMANARIO INFANTIL  
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados  
Historietas - Cuentos - Chascarrillos.  
Precio: 0'10 pesetas.  
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza de Pablo Iglesias, 17.

## La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Octubre 1934.

### Prendas de Otoño-Invierno

Con la llegada del Otoño, que dispersó a los veraneantes de playas y montañas, coincide siempre el lanzamiento de los nuevos modelos de la «saison» o temporada, por los grandes «faisseurs» parisienses.

En estos modelos de octubre, en formas, clases, líneas y estilos, no se advierten orientaciones perfectamente definidas, como ocurrió hace unas temporadas con un «asiatismo» acaso un poco excesivo.

La reacción contra las extremadas libertades de la toaleta femenil parece acentuarse afortunadamente, constituyendo esta característica una nota manifiestamente simpática, que ya pudo advertirse en los primeros modelos exhibidos tanto en las grandes fiestas mundanas de la «season» londinense como en las carreras de Auteuil, brillante escenario de la voluble diosa a que rendimos culto todas las mujeres.

Dentro, pues, de esta loable tendencia moralizadora femenina, que huye sin ruido hacia las líneas sencillas y los colores sobrios de adornos y detalles, reina este otoño la más completa diversidad de creaciones, lo que en definitiva viene a favorecer la fantasía del artista modisteril y de la dama que ha de proceder en esta época del año a la renovación de su vestuario, obedeciendo sumisa al más categórico de los imperativos sociales.

Y ya en el terreno de enumerar modelos, diremos a nuestras amigas que hay:

Trajes en velo blanco de fantasía, a los que dan mucha vistosidad unos adornos de estampados cubistas en negro y rojo.

Túnicas de «soirée» de satén brochado negro, con adornos de raso del mismo color y botones de fantasía.

En Auteuil, entre los modelos últimamente lanzados, hemos visto uno precioso de sarga azul, con adornos ejedrezados de la misma tela en el cuerpo, la falda y el cinturón. Las líneas de este vestido son casi rectas, debido a lo cual se destaca la silueta femenina con esbeltez, ritmo y gallardía.

Se ven también preciosos vestidos otoñales de crespón de China blanco, con sobrios adornos de cachemira. Y otros de crespón georgette blanco, con adornos de seda negra y turbante de la misma tela.

Así lo demuestran un lindo modelo de crespón chino negro y blanco, otro de crespón georgette rosa, estampado en líneas horizontales, y un vestido de estilo, confeccionado en *glasé* negro y guarnecido de unos adornos de presentación moderna, los cuales varían según el tipo, el color y la edad de la persona.

Y apenas estamos en otoño y ya empezamos a notar en la Moda que el invierno se acerca también. Está tras el horizonte plumizo mostrando aún lejano su rostro hosco y aterido, la crudeza de su expresión hostil. Con él la señorita Moda empieza a temblar —no sin cierta coquetería en el fondo— estrechando su cuerpo frágil y rosado bajo las ligeramente confortables ropas otoñales.

La señorita Moda—flor de estufa o de calefacción central—se dispone ya a defenderse de su cruel enemigo y, apenas media octubre en París, asalta las tiendas de los peleteros y exhumando las envolturas que antaño fueron el natural vestido de exóticos ejemplares de raras faunas, quiere envolverse con la aristocrática suntuosidad de los abrigos de pieles, que dan a la mujer un aire de suprema elegancia señorial, al mismo tiempo que un bienestar confortable.

A. D'ENERY

## EN EL TOCADOR

### EL CUIDADO DE LAS UÑAS

Hay algo en unas uñas bien hechas, que nos hace sentirnos refinadas y *smart*. Ningún otro tratamiento de belleza produce en nuestro ánimo, femenino esta impresión.

Vamos a explicarnos, lectoras amigas, cómo cada una de vosotras puede ser su propia manicura, conservando unas uñas incomparablemente bellas. es decir, unas manos adorables con personalidad propia.

1.º Escogan la forma y tamaño de uña que vaya mejor con su tipo de mano; por supuesto no dejándolas muy largas, pues esto es cursil. Usen una buena lima para arreglarlas, el lado grueso en contacto con la uña, moviéndola siempre de los lados hacia el centro, nunca de otro modo, pues se lastimarian.



Vestido de schoulap verde, adornado con astracán negro y con mangas de piel.—Conjunto matutino, en angorina verde, con corbata y blusa de jersey fantasía del mismo tono

2.º Tengan un cepillo de uñas, agua enjabonada y cepíllense con cuidado los extremos de los dedos. Este quitará el polvito que haya quedado, además de suavizar la cutícula.

3.º Untense unas gotas de aceite o crema sobre la cutícula, luego con el extremo redondo de un palillo de naranja, empújese suavemente, procurando que se vea lo más posible de la media luna. Después se pasará el extremo puntiagudo del palito alrededor de la base de la uña para despegar la cutícula que va a cortarse. No forcen el palo; sólo el exceso se deberá levantar. Si usa tijeras, tenga cuidado de que este instrumento haya sido esterilizado, para que en el caso de cortar demasiado, la herida esté protegida contra gérmenes dañinos. Al terminar esta operación cepíllense de nuevo los dedos para quitar toda mancha de líquido si es que se usó, o de aceite o crema.

4.º Enseguida se blanquearán las extremidades de las uñas; pónganse la crema blanqueadora unos minutos y lávese de nuevo. Si las uñas estuvieran manchadas o decoloradas, no deberá usarse la crema, sino la mezcla siguiente: seis gotas de arnifaco por cucharada grande de agua oxigenada. Para aplicar esto, envuélvase un pa-

lillo con un poco de algodón, mójese y pásenlo debajo de las uñas, permitiendo que se esté, durante cinco minutos. Luego se enjuagarán bien las uñas.

5.º Con una toalla suave, empuje dulcemente la cutícula y séquense bien las manos. Si sus uñas no tuvieron el lustre natural y fueran quebradizas y secas, usen diariamente el pulidor para abrillantarlas. El movimiento activa la circulación, ayudando así a mejorar la condición de las uñas.

El uso diario de una buena crema o loción para las manos femeninas, las hará conservarse finas, tersas y adorables.

El uso del cepillo y abundante jabonadura cotidiana, les dará una apariencia aristocrática, immaculada.

Las amas de casa procurarán usar un jabón suave para empleos domésticos, y si fuera posible, protegerán sus manos contra el agua caliente, etcétera, por medio de unos prácticos y cómodos guantes de goma.

Si hacéis todo esto, tendréis unas manos hermosas y unas deliciosas uñitas rosadas que revolotearán como irisadas mariposas en el sueño dulcemente casto de vuestros enamorados.

### Del poeta de los cantares

#### GUITARRA ANDALUZA

I  
Una barquilla en el mar,  
en la barquilla tu y yo,  
y tu corazón latiendo  
cerca de mi corazón.

II  
Suenan y suenan de nuevo  
las cuerdas de mi guitarra  
que ya le pasó esta vez  
el enfado a mi serrana.

III  
Es tan grande este cariño  
que vive dentro de mí,  
que ni recuerdo el principio,  
ni puedo soñar el fin.

IV  
Para flores tu jardín,  
para vino mi bodega,  
para carita la tuya,  
para mal genio mi suegra.

V  
Llevo en mis hombros  
costal de penas  
y sin que nadie mi carga alivie  
subo mi cuesta.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR

### DE COCINA

#### JIBIA A LO PRETERITO

Se limpia y se corta en ruedas la jibia y se colocará en la marmita con pañada de agua, aceite en igual cantidad, sal, tres o cuatro cebollas, también en forma de ruedas y un vaso de agua diente de uva.

Se deja hervir hasta que cueza la jibia; luego se añadirán pasas, comino, frán, pimienta y una cantidad de arroz a proporción con la salsa. Hierva arroz hasta que los granos se separen y entonces se puede servir.

#### PATATAS A LA BOIS LE ROI

Pelad ocho o diez patatas de buena clase y tamaño mediano; ponélas en agua fría y añáddles seis decilitros de leche hervida, un huevo batido como para tortilla, cien gramos de queso mesano rallado, cien gramos de sal, menta blanca y un poquito de mantequilla.

Haced la mezcla con una cucharada de palo. Frotad con ajo el fondo y los lados de una fuente de barro, vaciada ella las patatas, rociad copiosamente con queso y sembrad de pedacitos de mantequilla.

Poned al fuego y cuando empiece a hervir metedlo al horno para que comience la cocción. El horno no deberá estar demasiado caliente. La cocción será lenta y en cuarenta y cinco minutos. Si el calor del horno es demasiado fuerte, cubrid la fuente con un paño húmedo después de su portura al horno.

#### BACALAO A LA ARAGONESA

Cortad en trozos cuadrados de un kilo de bacalao remojado. Rehogad una cebolla picada en abundante aceite. Añadid al bacalao, dos dientes de ajo, cinco o seis tomates pelados sin semillas y cortados. Coced todo suavemente durante media hora entre dos paños húmedos o en el horrio.

A falta de tomates frescos se utilizará puré de tomates en conserva, pesado con harina desleída en agua fría.

Ya en esta disposición sólo le queda a la cocinera llamar al mozo de comedor y que lo sirva.

#### LENGUA A LA HUERTANA

Se cuece la lengua de vaca en la corriente del cocido; se despelleja y se corta por el centro para extenderla y baña con aceite, poniéndola al horno por unos minutos.

Luego se le echa por encima salsa caliente de tomate, espesada con migaja de pan remojado en vinagre, queda en disposición de ser servida.



Vestido de faille de seda, adornado con botones claros de satras. Vestido de terciopelo negro y capa de armito.



Bonete de policía en tonos claros, blanco amarillo, adornado con pezpuntas rojas

### FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

#### EL HADA ALEGRÍA

— POR —

#### RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(85)

con un descontento profundo de su propia conducta, que no dejaba de considerar muy poco elevada.

El Conde de Fenollar a quien despreció un día por indolente, por falto de arranques, se acababa de revelar de pronto como un gran espíritu en una actitud gallarda de caballeresca decisión, de sacrificio sufrido y silencioso... Y Ardieta se veía pequeño... pequeño al lado de aquel pobre ser enfermo que de todo el montón de sus ruinas orgánicas, aún había sacado valor suficiente para llegar a las alturas heroicas del renunciamiento por propia voluntad, al amor, a la dicha... tal vez a la existencia.

Le había dejado en posesión de Gloria, al parecer; pero algo en el cora-

zón dolorido del enamorado le decía que de día en día estaría más lejos de ella, más fuera de su alma, más distanciada y glacial, pues atraída por el súbito deslumbramiento de aquellas impresiones inesperadas se iría con insensible suavidad en pos del ausente... Un frío intenso le envolvía como una mortaja de hielo... Sentía que Gloria ya no le amaría, que no sabría perdonarle nunca los dolorosos sucesos provocados por su ridícula actitud de novio celoso. Comprendía que por mucho que hiciese, el pasado no se borraría y aquella mujer, aun a pesar del valiente sacrificio del señor de Fenollar, no sería nunca su mujer.

En tanto que Ardieta se hacía estas amargas, desoladoras, reflexiones, Gloria despertaba después de unas cuantas horas de sueño fatigoso, apenas conciliado al cabo de una terrible noche de insomnio y de lágrimas...

Abrió sus balcones al ambiente matinal; entraron el sol y los perfumes del huerto, las esencias de la pinada, las fragancias de los naranjales; vió deslumbrada los reflejos del agua y el oro del trigo y sintió trinar los ruiseñores entre el follaje de los olmos...

Cantaba la vida, cantaba el amor fecundando nuevos seres... ¿Acaso eran un sueño la despedida de ayer, la soledad de hoy? ¿Cómo podía sentir, ella, el corazón tan lleno de amargura, la vida tan vacía, el alma entre dolores, cuando la naturaleza entera cantaba loca con aquella plétora insolente de matices policromos, de verdores sensuales?

Con los ojos rodeados de círculos de violeta, hinchados los párpados, la faz descolorida y el ademán cansino, la joven bajó con paso tardó los artísticos escalones tallados de la antigua escalera señorial. De las vidrieras brotaban reflejos áureos que iban a dorar los trofeos y las cornucopias que adornaban los históricos muros, las armaduras bruñidas, las ánforas de azules y rojos arabescos, y con un dolor infinito se preguntaba cómo la recordaría el dueño de aquello, jaqué que por su culpa habíase visto forzado a abandonar el lugar donde vivía el alma de su raza... aquella raza valerosa que él no desmentía ¡Raza de caballeros y de héroes...! Aquel en cuyo camino habíase cruzado ella como una maldición... ¿Y la madre, la

pobre madre que luego de tantos años de separación y de desvío había logrado atraerse al hijo para conducirlo al hogar de sus abuelos, le perdonaría nunca aquella marcha insólita y precipitada, el alejamiento de su regazo, en el cual sus cuidados eficaces le iban devolviendo a la vida? ¿Perdonaría las lágrimas de la despedida, el cruel dolor de la separación, el tiempo de ausencia en país extranjero, durante el cual el hijo enfermo añoraría el semblante familiar de las cosas, la caricia insubstituible de la madre y el apoyo protector de Róspide...? Podrían perdonarla ambos, la madre y el hijo?

Entró en el comedor majestático, sobrio, y allí entre un nimbo de esplendorosa luz que los abiertos ventanales derramaban, entre un tufo de aromas enervantes de flores recién cortadas, envuelta en los reflejos brillantes del cristal y la plata que refulgían en la mesa servida para el desayuno, distinguió a su madrastra sentada con un aire del todo natural, en un sillón macizo de otros tiempos. Con la mirada ansiosa la contempló la joven, pero no vió en su rostro otra cosa que

la serena dulzura de todos los días, una expresión en su mirada que la hacía una nueva y desconocida ternura cuando los ojos pardos, tan iguales a los del Conde, se fijaron en su rostro y con terro por el pesar y la preocupación...

Pilar, susceptible de sentir todas las delicadezas exquisitas de los amores grandes, comprendió todo lo que significaba y deprimía el espíritu y congojaba de Gloria como piedra fatal, y le dio una inmensa piedad, de un amoroso anhelo de consolarla, besóla cuando una larga caricia materna, cuando un joven, casi temblando, le dió los buenos días... Enderezóse ella al comprender y un suspiro de alivio salió de su garganta anudada todavía por la congoja. Espontáneamente, inclinóse de nuevo hacia Pilar y la besó una y otra vez... muchas veces.

Entraba un criado. Acercó otro sillón a la muchacha, que tomó asiento en el sitio de costumbre.

Después entró Róspide y el desayuno comenzó entre una conversación fácil, seguida sin esfuerzo, con la misma normalidad de todos los días, como si nada extraordinario hubiese ocurrido, como si un soplo trágico no